

Pero los aliados no ven la guerra en esa forma. No es para ellos una carrera de meta limitada y fijada por los alemanes conforme a sus victorias pírricas. Es una carrera sin fin: el vencedor no será aquel que llegue más pronto a un punto designado por él, sino el que esté en pie y ande cuando su adversario haya caído a tierra, rendido de fatiga o muerto, definitivamente fuera de combate. Los alemanes advierten que les ilaquean las piernas y que el enemigo les pisa los talones, y vienen a decir, llenos de profunda zozobra: «Hemos ganado. Detengámonos aquí». Pero estas palabras de paz pírrica no hacen sino fortalecer a los aliados en su determinación e inducirles a apretar aún más el paso. Mientras los alemanes declaran, con una mezcla de angustia y de soberbia: «Nuestra meta está aquí», los aliados replican, con más confianza que nunca: «*La nuestra no tiene término en el espacio ni en el tiempo*». Y mientras los alemanes, violentamente inclinados sobre el mapa de Europa, van marcando, a gritos, las líneas de sus avances y de sus conquistas, como prueba de su victoria, los aliados muestran la carta de su voluntad, no sólo intacta, sino acrecentada. Los alemanes se figuran que la guerra es una cuestión de geometría o geografía; los aliados demuestran que es un problema de psicología. Los alemanes se empeñan en haber vencido sobre las cosas; los aliados se encogen desdeñosamente de hombres, seguros de que sólo vence la voluntad más fuerte. Y la voluntad más fuerte son ellos.

¿Cómo se explica esta paz pírrica que pretende Alemania? Yo no la creo tan torpe como algunos que atribuyen este movimiento al propósito de llevar la

discordia a los beligerantes enemigos y de estimular las simpatías de los neutrales. Los pacifistas absolutos y circunstanciales fueron un peligro, en Inglaterra, al comienzo de las hostilidades y, en Francia, antes de la batalla del Marne y en los peores días de Verdun. Pudo contarse con ellos cuando los aliados combatían sin organización ni unidad y cuando Alemania parecía invulnerable por las armas en los campos de batalla, y por el hambre dentro de sus fronteras. Ahora que está destruido el mito de la invencibilidad de Alemania y que los clamores de su población hambrienta llegan inequívocamente a todas partes, esa paz pírrica pedida no hará sino fortalecer en su actitud a los partidarios de una guerra sin armisticio—que eso, un armisticio, sería la cesación de las hostilidades en estos momentos—y disminuir el número de partidarios de una paz a cualquier precio.

En cuanto a los neutrales, no sería menor la torpeza de Alemania si con sus proposiciones de paz ha creído aumentar el número de sus admiradores o las simpatías de los antiguos. El rasgo esencial de la germanofilia en todo el mundo es el culto a la fuerza. Pero si se tambalea el ídolo que parecía estar dotado de un poder infinito—y esa es la impresión producida sobre los germanófilos por el anuncio de la paz pírrica, diga lo que quiera cierta prensa abogadesca—, la admiración habrá perdido su fundamento más sólido. Un pueblo militar, como toda institución o individuo que se sostiene por la fuerza, sólo contará con adeptos mientras parezca supremo. Su tránsito del poder y de la violencia a la impotencia y a la civilidad ahuyentará a los que le idolatraban precisamente por su condición